

Mujeres del campo: entre el brasero y la televisión*

Ximena Valdés & Loreto Rebolledo
Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, Cedom

La reflexión que presentamos es el producto de varios años de trabajo con mujeres campesina y asalariadas agrícolas de la zona central del país. Hemos recogido los datos sobre los cuales basamos nuestro análisis en diferentes localidades del secano costero de Colchagua y Maule, de los valles frutícolas de Aconcagua y Cachapoal y de localidades cercanas a Santiago. La información con la que trabajamos es oral y obtenida directamente a través de entrevistas en profundidad e historias de vida realizadas a mujeres entre los 30 y 80 años.

El uso de las fuentes orales presenta varias ventajas al trabajar con mujeres del campo: por una parte, permite llenar un vacío de otros tipos de fuentes que las omiten o invisibilizan, tales como estadísticas, censos y otra documentación escrita; por otra, recogen una práctica común de ellas y de la cultura campesina, como es la palabra hablada.

No obstante, el uso de este tipo de fuentes merece algunas consideraciones: la fuente oral,

más que dar cuenta de un acontecimiento tal como ocurrió en la realidad, sirve para mostrar cómo la persona que narra lo interpreta y lo recuerda. En este sentido, al trabajar con fuentes orales es necesario tener siempre en cuenta que muchas veces el testimonio o la narración revelan más del imaginario de la persona, de sus deseos y de sus sueños ocultos, que de la realidad misma. Otro aspecto que se debe considerar es la forma en que opera la memoria, la cual tiende a condensar y seleccionar. Ello significa que acontecimientos ocurridos en diferentes lugares y momentos pueden recordarse como parte de una misma secuencia; por otra parte, la memoria es selectiva, se recuerda algunas cosas y se olvida otras. De esta manera, asuntos sin importancia se ponen en el mismo plano que acontecimientos trascendentales.

Otro aspecto que no se debe olvidar en relación a la reflexión que haremos es que las personas hacen la lectura de los acontecimientos pasados desde sus preocupaciones del presente. La memoria es constantemente reelaborada a partir de las nuevas experiencias de vida que las mujeres van enfrentando.

* Esta ponencia constituye un avance de un aspecto de la investigación "Transformaciones agrarias, mujer y familia", Proyecto Fondecyt N° 415-92, en curso.

TRADICION Y MODERNIDAD

En los últimos cincuenta años, el agro chileno ha sufrido grandes transformaciones. Entre el modelo hacendal tradicional y la organización de la producción frutícola de exportación no sólo media la reforma agraria, sino un cambio en el tipo de relaciones de producción, en los órdenes de contratación de fuerza de trabajo, formas de asentamiento y localización de los trabajadores. Sin embargo, las áreas tradicionales y alejadas de los valles y de la agricultura de riego no han sido tocadas del mismo modo, por lo cual parecen más volcadas al pasado.

Los supuestos del mundo campesino, que operaron con cierta nitidez en el período hacendal, se vieron fuertemente cuestionados con la Reforma Agraria. La imagen de espacios autocontenidos mirándose a sí mismos, vueltos hacia el pasado y la tradición, réplica cíclica y constante de lo mismo, perdió validez. La sociedad mayor dejó de ser un referente lejano para ser una omnipresencia en diferentes áreas. La salud, la educación, la diversión, dejaron de ser problemas personales o familiares: instituciones estatales comenzaron a ser las encargadas de resolver los problemas o presentar soluciones en estos ámbitos. Hombres y mujeres del campo debieron adaptarse a la nueva situación y encontrar nuevos espacios en los cuales situarse. Aun cuando ni la reforma ni una completa reconversión productiva hayan llegado por igual al campo, de algún modo el Estado y sus instituciones sí lo hacen: escuelas, hospitales, Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Fosis y municipios evidencian la prolongación del aparato estatal de la ciudad a las áreas rurales.

Actualmente estas áreas forman parte cada día más de la amplia red de comunicaciones viales por las cuales no sólo transitan productos, sino información y cultura. Con la transnacionalización de la economía y de las comunicaciones se amplió el mundo de hombres y mujeres. Lo lejano y diferente se hizo cercano y penetró en el espacio rural: todo parece formar parte de un mismo conjunto mayor y ello necesariamente incide en cómo hombres y mujeres se piensan a sí mismos en relación a otros modos de ser y de hacer. La modernidad,

proceso que se refiere más a lo cultural, al cambio de mentalidades y que supone procesos de secularización, parece lograr así un par de aliados para incidir en la redefinición de identidades, en los reposicionamientos de lo femenino y lo masculino, lo colectivo y lo individual, lo público y lo privado. En fin, en la integración a la modernidad del mundo campesino.

Cada uno de estos reposicionamientos, cada uno de los gestos de respuesta a los estímulos externos, a los procesos de cambio, se hace desde una matriz cultural dada, cuyo repertorio de respuestas es amplio, a partir de una base común. Ninguna adaptación a las nuevas situaciones, ninguna respuesta a los cambios es, por lo tanto, totalmente inédita; cada una de ellas tiene antecedentes en la cultura, y en este sentido es posible rastrear lo viejo, la memoria, la tradición.

Lo nuevo está ahí, pero lo viejo también está presente. Uno no reemplaza a lo otro: lo desplaza, lo sitúa en otros ámbitos y lo resignifica. Así, es posible encontrar signos externos de modernidad en el vestuario, las radios transistor, los personal stereo o los electrodomésticos, pero tras esas externalidades, también, en puntos más recónditos, es posible encontrar la tradición, los viejos modos de ser, de pensar y de hacer.

En síntesis, pensamos que las transformaciones en el agro no necesariamente han sido acompañadas por cambios culturales profundos, y cuando ello ha sucedido, pareceríamos estar frente a innovaciones truncas. Como resultado, elementos del pasado se mezclan con síntomas de modernidad. Tradición y modernidad coexisten a veces en una misma zona, otras en un mismo individuo, sin mayores cuestionamientos o tensiones, aunque sí con muchas contradicciones.

LO VIEJO Y LO NUEVO EN EL MUNDO DE LAS MUJERES

Veremos qué ocurre con la modernidad en localidades definidas como tradicionales. Lo haremos usando diversos ejemplos de caseríos y minifundios ubicados en el seco costero de la Sexta y Séptima Regiones, donde la moderniza-

ción es un proceso incipiente que sólo se evidencia en el avance forestal, en algunos casos en la presencia del subsidio de la vivienda y el operar de instituciones de salud, educación y dispositivos de comunicación.

Las alfareras

Existen en estos lugares campesinos fuertes evidencias de la perdurabilidad de una noción de tiempo circular:

Los domingos voy a misa, los lunes en la mañana armo la loza y cada quince días me toca reunión del CEMA en la tarde; los martes en la mañana, hasta "La hora de los México's", me toca bruñir la loza, porque los martes en la tarde toca el lavado; los miércoles sigo bruñendo; los jueves se cuece la loza, de ahí se limpia para guardarla en las cajas y el viernes bajo al camino para esperar la micro de Cauques. De ahí, de que llegamos nos ponemos en la calle a vender; dormimos en Cauques y nos vamos a tomar desayuno a la feria, seguimos ofertando loza hasta que llega la hora de la micro para volver; el domingo en la mañana me levanto un poco más tarde y, lo mismo que todos los días, le doy comida a los animales, armo un poco de loza y comienzo a preparar el almuerzo y de ahí, en la tarde, ya me voy a la misa.

Esta organización de los días de la semana tan sólo ha sufrido modificaciones a partir de la llegada de la micro, cerca de veinte años atrás, luego de la instalación de los campamentos forestales en la "montaña", Cordillera de la Costa arriba. Las madres y abuelas bajaban al pueblo a pie, tenían una menor producción de loza a causa de las mismas limitaciones de traslado y de la existencia de una mayor producción agrícola campesina. También los Centros de Madres, los CEMA, a partir de los sesenta hasta hace poco, irrumpieron alterando la organización del tiempo con reuniones cada quincena.

Un elemento de modernidad introducido en la organización y conteo del tiempo cotidiano es la radio. Sin embargo, pese a que ella introduce una noción de tiempo más bien lineal, en la relación con la radio se recupera la circularidad temporal a

partir de la ejecución rutinaria de determinadas labores domésticas. Así, el programa "La hora de los México's" marca el inicio de la preparación del almuerzo.

En el lugar, las sucesiones de tierra siguen bajo el usufructo de los que se quedan, aunque las empresas forestales presionan fuertemente por comprar; los hombres heredan los puestos de trabajo en los fundos; las mujeres, de sus progenitoras, el oficio alfarero.

Las mujeres han perdido los productos alimenticios de los bosques de roble y han ganado, para su comercialización, las callampas que crecen bajo el pino insigne. Cultivan flores y también recolectan rosa mosqueta, que venden junto a la loza en el mercado local. Los hombres han perdido el acceso a la factura de carbón y los sistemas de mediería ligados a su elaboración.

A causa del deterioro de las actividades masculinas orientadas a la producción, las familias se mantienen crecientemente con el aporte de los ingresos generados por las alfareras. Las mujeres se han visto compelidas a ampliar su espacio de movilidad de la feria local a las ferias regionales, y cuando alguna alfarera se ha legitimado como artesana de prestigio, llega hasta las ferias de Santiago tras la búsqueda de mejores precios y mercados. La mayoría de los hijos e hijas han migrado, como lo hicieron las hermanas y los hermanos, y esto permite que, entre lazos de parentesco y búsqueda de mercado, se acomode el acceso al espacio urbano.

En esta zona, los hombres han permanecido en el campo cada vez más atados al salario y alejados de la producción por cuenta propia en tierras demasiado empequeñecidas, que se amplían por los sistemas de mediería. Las alfareras, en cambio, son una suerte de bisagra entre el campo y la ciudad, portadoras de noticias, nuevos hábitos, bienes y dinero. Ellas, con sus idas y venidas entre el campo y la ciudad, hacen de puente para la difusión de lo moderno. Sin embargo, son también con las conservadoras de la tradición, sobre todo a nivel de cosmovisión y ética. Los acontecimientos familiares y vecinales son interpretados y vividos en el marco de la religiosidad y culturas campesina. Así, por ejemplo, cuando un vecino, hijo del

administrador del fundo La Aldea, se ahorcó, se interpreta el hecho como un castigo de Dios para quien ejerce la función de vigilante en el fundo donde trabaja el marido, fundo que además tuvo que abandonar uno de los hijos luego de una pelea con dicho administrador, padre del joven ahorcado.

Del mismo modo, la alfarera más prestigiosa de la comunidad, quien ha logrado una mejor y más antigua inserción en la Feria del Parque Bustamante y gracias a ello ha podido comprar casa en el pueblo, educar a sus dos hijos ilegítimos, ayudar a uno en la instalación de un restaurante, es mal vista y sancionada porque se ha enriquecido, y más encima sin marido:

Ella ya no locea, le compra a las otras, a las más pobres, vende más caro y se demora en pagarles y en la Feria va y dice que la loza es de ella.

Así, el enriquecimiento de la vecina alfarera es satanizado y la única forma de restablecer el equilibrio en la comunidad si alguien obtiene más recursos, bienes y dinero, es mediante su redistribución: una invitación a comer a la casa o algún favor para el alojamiento en el pueblo.

La abundancia de hijos primogénitos en la ilegitimidad—dado que una gran cantidad de mujeres ha tenido hijos “a la mala” y “apuradas”—, junto a la prevalencia de malformaciones en los niños, con toda seguridad por la endogamia existente, son reelaboradas como el castigo por haberlo “hecho a la rápida” y ahí los niños “no quedan bien”.

El peso de la religiosidad coexiste entonces con una gran movilidad femenina. Las mujeres, que a través de la venta de loza y la preservación de los vínculos maternos con los hijos que están en la ciudad han logrado ampliar su espacio de referencia, mantienen a la vez prácticas cotidianas, materiales y simbólicas, del pasado y la vida campesina.

En Rari es frecuente escuchar cómo las chonchonas salen a volar, y más de una vez hemos visto cómo las mujeres evitan comer alimentos que ofrece un extraño, pues se supone que a través de ellos operan los brujos para hacer daño. Ello se combina con la confección de brujas en crines de caballo, que—según el decir de las mujeres de la

localidad— fueron creadas a partir del logotipo de la serie televisiva “La Hechizada”.

El pensamiento de corte religioso para explicarse fenómenos y situaciones no es privativo de las mujeres. En estas localidades, los hombres—que permanecen casi inmovilizados en sus labores agrícolas, en los aserraderos y predios forestales—salen al mercado y los pueblos vecinos mucho menos que las mujeres; sus redes sociales están circunscritas a lo local, y entre ellos también es usual la explicación de causa / efecto dentro de un discurso donde la magia parece estar presente. Así, en Mata Redonda, provincia de Colchagua, es frecuente escuchar cómo los parceleros de la Reforma Agraria abusaron de la bonanza y la asignación de parcelas, y por ello las perdieron y hoy están peor que antes:

... comieron harto bien, comieron hartas ovejas y tomaron harto vino; eso fue lo que pasó, no supieron aprovechar, no supieron hacer las cosas como debían hacerlas.

En localidades fuertemente vinculadas a Santiago, como la artesanal de Pomaire, la producción alfarera actual se vuelca totalmente al mercado urbano y turístico, y la que fuera producción doméstica se ha transformado muchas veces en taller de asalariados. En el pasado, sin embargo, el bruñido de loza era labor colectiva. Varias mujeres miembros del mismo grupo familiar cooperaban en esta fase del trabajo. En ocasiones de mucho apuro y exceso de trabajo, se realizaban mingas entre vecinas y parientes para bruñir. Cuando había minga, el beneficiario de la fuerza de trabajo solidaria reciprocaba con alimentos y bebida. Hoy entre mujeres se encuentra que la cooperación entre vecinas para labores artesanales de bruñido de loza se puede reciprocarse, mientras se está realizando, con dejar ver la telenovela en el televisor de la casa de la beneficiaria del trabajo. Se cambia así un servicio por una diversión y, al mismo tiempo, se tiene acceso a otro circuito de transmisión cultural, lo que más tarde se expresará en diseños dados por la televisión, como las casitas de greda de la telenovela “La madrastra”, una década atrás.

En el valle de Aconcagua, espacio especializado en *parronales* para la uva de exportación, donde se han acentuado fuertemente los procesos de urbanización, se evidencian tal vez con mayor fuerza, cambios culturales con resultados híbridos. Presente y pasado se conjuntan mostrando, por un lado, procesos de modernización truncados, y contenidos de la modernidad limitados por la presencia de elementos de tradicionalismo en el plano de la cultura —en la familia, la empresa y el sindicato—.

A partir de la primavera hasta comienzos de otoño, las temporeras se integran al mercado de trabajo; se desplazan a pie o en bicicleta u otro medio de transporte, visten pantalones, jeans, zapatillas deportivas. En los hogares, hay televisores y algún electrodoméstico. Muchos de ellos están conformados por familias incompletas, madres solteras o mujeres solas.

Los orígenes de las temporeras son variados: vienen del sur y del norte del país, pero en su gran mayoría de la misma comuna, unas de los pueblos, otras de haciendas desmembradas por la Reforma Agraria, del sector reformado y bolsones de pequeña propiedad. Existen experiencias de sindicalización, con logros puntuales y también frustraciones.

El hábitat está concentrada en poblaciones en medio del campo o bordeando pueblos y ciudades. Las familias se mantienen con el salario temporal de hombres y mujeres, adultos y jóvenes de ambos sexos. Los empleos son precarios e inestables, los períodos de cesantía anual son mayores para las mujeres que para los hombres y las jornadas de trabajo más largas para el segmento femenino que el masculino. En verano, entrando en el turno de la una de la tarde, se sale de madrugada. Las formas de pago son desiguales por sexo: con las mujeres se tiende al salario a destajo, y con los hombres al salario mensual. Volcando la mirada al interior de los hogares, las tareas domésticas siguen siendo un problema femenino y, por lo tanto, existe una simultaneidad del trabajo doméstico y asalariado a lo menos durante la mitad del año.

Sin duda, la percepción del trabajo por parte de las temporeras muestra signos positivos y negati-

vos. Positivos en el sentido de que procura dinero y, por este mismo hecho, libertad para tomar decisiones personales respecto de su uso y, si es necesario, mandar cambiar al marido. Proporciona además gratificaciones en cuanto la entrada a los parronales o a los packings es la ocasión para volver a recrear cada año el ambiente de trabajo, recuperar amistades, salir de la rutina hogareña y abrirse a una sociabilidad más amplia y libre entre hombres y mujeres. Negativos, por las malas condiciones de trabajo, las largas jornadas laborales, las culpas por abandonar a los hijos a la suerte de la calle, los insuficientes salarios, los descuentos abundantes; se agrega a todo ello la competencia que se ejerce en los lugares de trabajo entre las mujeres de más edad y las más jóvenes, mejor dotadas físicamente, a través del sistema de anotaciones de cajas por parte de los hombres y los requerimientos nunca ausentes de tener que acostarse con el capataz para preservar el trabajo.

Un elemento de modernidad presente en el accionar de las temporeras son sus experiencias sindicales, iniciadas hacia fines de los ochenta, con una fuerte orientación a enfrentar los problemas de la vida cotidiana, tales como la guardería o la olla común. En la actualidad, la dirigencia debe trasladarse con frecuencia a Santiago, por los vínculos con una Confederación, y esto ha implicado la tendencia hacia el traspaso de los cargos de dirección de las mujeres a los hombres, o a mujeres cuya situación les permite retraerse de las responsabilidades domésticas. La membresía ha decrecido y el sindicato se ha desvitalizado.

Por otra parte, las mujeres enfrentan el desafío de desarrollar nuevas estrategias para obtener recursos; en tal caso, deben crear nuevas habilidades en gestión de proyectos, ir a cursos e implementar alguna idea empresarial para concursar al Fosis.¹

1. Para ello se conforman grupos de pares. Esto, sumado al volcamiento del sindicato a la ciudad, concurre a deestructurar las solidaridades y los intentos por reconstituir la comunidad experimentada en la etapa fundacional del sindicato, en un contexto donde las escasas acciones reivindicativas marchaban de la mano con la solución de los problemas derivados de la reproducción y los enfrentados en la vida cotidiana.

La falta de salario en invierno coloca a las familias, y más aún a las mujeres solas, en situaciones límite para enfrentar la sobrevivencia. Pero obtener un puesto de trabajo de embaladora o limpiadora durante el verano posibilita el ahorro, parte del cual sale para los gastos escolares del mes de marzo, y parte para proveer la casa de elementos que alivianen las tareas domésticas. Refrigerador y lavadora comienzan a ingresar a los hogares, luego que en los meses de verano se logran juntar cerca de \$200.000 por mes.

Sin embargo, este mejoramiento de las condiciones para el desempeño de las tareas reproductivas con la adquisición de algún electrodoméstico se ve frustrada al llegar los "meses azules", sin salario, cuando es usual recurrir a la venta de los bienes para solventar los gastos en alimentación. Los electrodomésticos funcionan así como fondo de reserva, similar al que opera en las economías campesinas tradicionales o al que operó con el ganado en tiempos de derecho a pastoreo. El electrodoméstico, al igual que los animales, tiene la forma de doble inversión: no sólo es un fondo al cual se recurre en épocas de crisis, sino es utilizable como un medio de producción. Una lavadora resuelve el lavado doméstico y el ajeno, cuando se deben inventar estrategias para la sobrevivencia invernal.

DE LA HACIENDA A LA CIUDAD, CAMBIO Y MEMORIA

En este contexto de feminización, flexibilización y precarización del mercado de trabajo, en que coexisten mayores grados de libertad con una fuerte explotación, se rememora el pasado hacendal, idealizándolo:

Nunca me acuerdo que la mamá haya comprado un kilo de arroz. Ella nos hacía frangollo, harina tostada en unas ollas de greda. . . Mi papá nunca fue a la carnicería a comprar un kilo de carne; mataba vacunos y hacía charqui. . . Los huevos, se recogían por canastos, azules me acuerdo, de pava, de pato, de gallina. Por eso yo encuentro que la alimentación para uno era mejor, por eso nosotros duramos tantos años, porque estábamos bien alimentados.

A esta reelaboración utópica de un pasado hacendal con gran abundancia de comida, hecha desde un presente invernal con carencia de dinero y alimentos, se suma otra, donde se añora la hacienda como un espacio controlado y protegido. El paso de la hacienda a la ciudad es visto como un salto al vacío por las mujeres. De un espacio conocido y protegido se sale al descampado, a la ciudad, que es percibida como un terreno peligroso y ambiguo en tanto espacio privilegiado para el ejercicio de las prácticas disolutas masculinas, saturado de bares y clandestinos, espacio desprovisto de la siempre vigilante mirada del patrón.

Ahí empezamos a trabajar en Coexport y ahí también fue cuando empezaron las desavenencias, porque una vez que ya se vino a la ciudad él, ya todo cambió. En fin, antes era distinto, porque si él se venía a curar, cuando llegaba a la casa, llegaba oreado. Acá en la ciudad fue peor, se puso mujeriego y más borracho todavía.

Una vez que el marido abandona el hogar y se va con otra mujer, se recurre al antiguo conocido, buscando consejo y seguridad:

Ese patrón Covarrubias nos tenía buena a nosotros, porque cuando chiquitito, como era joven y como son los jóvenes, se iba a la casa de nosotros y jugaba con mis hermanos y pasaba en la casa no más.

Esa cercanía del pasado permite a la mujer solicitar apoyo al antiguo patrón cuando queda abandonada, en la misma forma en que antes le había proporcionado un terreno para la casa. A pesar de que la mujer de este caso durante los veinticinco años que trabajó con Covarrubias sólo ganó para comer, "porque era de los más explotadores de Santa María", y cuando cambió de trabajo logró a lo menos ganar mejor, finalmente la hacienda y la familia hacendal aparecen en su vida como algo cercano, más que los habitantes de la ciudad e incluso que la parentela propia. La hacienda Las Casas de Quilpué es concebida como un espacio donde se imbrica el presente con el pasado, espacio necesario de estabilidad y continuidad frente a los múltiples cambios que se han enfrentado:

Mi padre entró a trabajar de jardinero a los catorce años en el palacio de la Hacienda de Quilpué y mi madre era cocinera en las casas de la hacienda. En Quilpué estaba toda la familia Lyon-Edwards, don Arturo, don Andrés, la señora Teresa y la señora María, los cuatro hijos. La señora María Lyon, que es la mamá de don Jorge Covarrubias, que está allá mismo en Jahuel ahora y que siguió siendo patrón mío después en Coexport. Porque ahí empezaron las nuevas generaciones. Ese fundo Los Molles donde quedaron cuando se murió el finao Arturo Lyon, quedó el Arturo Lyon nuevo porque hay una tirá de Arturos nuevos, parece que a los hijos mayores les colocaban a todos ese nombre. Entonces moría uno y quedaba otro y cuando murió don Arturo Lyon quedó el nuevo y empezaron a repartirse las parcelas, porque ese fundo fue aparcelado después, pero lo aparcelaron entre los dueños. Se repartieron una parcela para cada hijo y como los papás de don Jorge Covarrubias, hijo de doña María Lyon, nosotros tuvimos que seguirlo a él. A don Jorge Covarrubias le tocó toda la parte de Jahuel. ...él donó una parte para la población donde vivo yo, así que nosotros tenemos población, él donó el suelo y nosotros pagamos la construcción por intermedio de Serviu.

CONCLUSIONES

Como es evidente, los procesos de modernización han tocado desigualmente al territorio. No obstante, a pesar de la heterogeneidad respecto de los procesos de modernización en el plano económico y social y de las transformaciones agrarias, se observa una cierta transversalidad en la llegada de los dispositivos culturales al campo, lo que incide en la ampliación de los antiguos referentes campesinos.

Lo nuevo se suma, se mezcla, se superpone o desplaza a lo viejo, a la tradición. Las posibilidades de incorporación de lo moderno son, por lo tanto, múltiples, variadas y simultáneas. En los sectores modernos y tradicionales, los cambios culturales son incorporados a través de las instituciones del Estado, los medios de comunicación y el ir y venir de mujeres y jóvenes.

Aun cuando hayan aparecido otros referentes, tales como escuelas, hospitales, Centros de Ma-

dres, sindicatos, municipio y Fosis; se haya logrado acceso a medios de circulación cultural, como la radio y la televisión, y un mayor acercamiento a la ciudad, el pensamiento mágico religioso sigue permeando el discurso femenino a la hora de encontrar explicaciones de causalidad a determinadas situaciones que las afectan. Y ello aun cuando estén insertas en un mercado de trabajo que las conecta con alejados puntos del planeta, aun cuando a través de la televisión puedan ver en telenovelas la guerra del Golfo, aun cuando escuchen la música de Michael Jackson en un personal stereo.

En áreas tradicionales y modernas, a nivel de la reelaboración simbólica se preserva la figura paternal, protectora, autoritaria del patrón, guardada en la memoria para ser descongelada cada vez que sea necesario. Así, con la Reforma Agraria, lo que simbolizaba el antiguo patrón -paternalismo, protección, seguridad y control- se desplazó al Estado. Hoy, que el Estado se abandona su rol benefactor, el desplazamiento se produce hacia atrás en las nostalgias femeninas. Se desempolva de la memoria al antiguo patrón de fundo, olvidando sus abusos y arbitrariedades, y rescatando en el recuerdo tan sólo todo aquello que hoy falta o está en peligro.

Las figuras del pasado y el pensamiento religioso coexisten con una multiplicidad de elementos y referentes nuevos, sin haber sido desplazadas por completo. La libertad que otorga el salario a las mujeres se entremezcla con la atomización social, con la disolución familiar, la preservación de prácticas tradicionales al interior de la familia y del sindicato, su discriminación a nivel de la empresa. De esta manera, la modernidad no sólo parece coexistir con el tradicionalismo en diferentes localidades, sino en los mismos individuos.

Diversas situaciones hacen pensar que la mujeres del campo viven un tiempo de hibridación y de readecuaciones en todos los aspectos de su vida material y simbólica. Entre ellas, las condiciones de vida concomitantes a la flexibilización del mercado de trabajo; y los embates permanentes al modelo familiar hacendal no sólo por los clandestinos de alcohol y la presencia de otras mujeres en el pueblo y las empresas, sino porque las mujeres

han creado otras formas de sociabilidad en los lugares de trabajo, la calle, el sindicato, el municipio.

Por otra parte, la integración al mercado de trabajo y el consiguiente acceso a bienes de consumo de circulación cultural, traen consigo una integración al mercado que aparece entremezclada con usos y formas de sociabilidad campesinas. De esta manera, emergen a través de la modernidad una sumatoria de sedimentos culturales tradicionales. Esto puede visualizarse en la combinación del uso del brasero, por una parte, y de diversos aparatos de comunicación, por otra. El primero no es sólo un elemento de calefacción, sino implica una forma de sociabilidad claramente campesina, en la que la palabra hablada es el vehículo privilegiado de comunicación. Paralelamente se usa la televisión, el personal stereo, formas de comunicación masiva, unidireccionales, donde el individuo puede no compartir con nadie más que con la TV o la radio, que son la negación de la comunicación

interpersonal y colectiva y cuyos mensajes traen otras formas de ser y de hacer que niegan la transmisión de la tradición que se hace boca a oído por vía del relato oral.

Las mujeres aparecen como el vehículo privilegiado de la mezcla entre cambio y memoria, y quizás el elemento más claro que expresa estas mixturas entre lo nuevo y lo viejo. En tanto encargadas de la socialización de los niños, de la reproducción cultural, su rol como trasmisoras de la tradición, de un modo de pensar, de hacer y de ser, contribuye a señalarlas como elementos claramente conservadores e incluso obstaculizadores de la modernidad. Por otra parte, la incorporación masiva de mujeres al mercado de trabajo frutícola —el sector "de punta" de la agricultura chilena—, la mayor movilidad femenina en áreas campesinas, revelan también la coexistencia en lo femenino de una gran capacidad de cambio e incorporación de elementos nuevos.